

La transición mexicana ¿aturdimiento o cordura?

ANTONIO SANTIAGO BECERRA

La fuente del miedo está en el porvenir,
y el que se libera del porvenir no tiene
nada que temer.
Milán Kundera

Los protagonistas de una transición no pueden liberarse del porvenir. El futuro es su materia de trabajo: lo prefiguran, lo vislumbran, lo institucionalizan. Parafraseando a Kundera, puede decirse que tienen la fuente del miedo en sus manos.

Toda transición genera miedo. A veces el miedo inunda el terreno político. A veces se derrama, se esparce, se reproduce, se adueña del tiempo. El presente parece entonces un instante trémulo en la delantera del porvenir. ¿Pero este miedo daña? Es evidente que como todo sentimiento de angustia, este miedo se sufre. Ahora bien, además de sufrirse, ¿incide adversamente sobre la gestación del futuro? Algunas respuestas suenan obvias: el miedo fatiga, obnubila, desasosiega y dificulta la interacción humana. El miedo es un consejero peligroso. Si bien, como lo hizo notar Erich Fromm, "la mayor parte de la gente no reconoce sentir miedo", es decir, son inconscientes de tener este sentimiento, ello de ninguna manera lo vuelve inocuo.

En condiciones de exceso de miedo es muy difícil enhebrar lúcidamente la trama política. El miedo puede incluso ser apocalíptico: hay gente que "muere de miedo", pero hay gente también que mata por miedo. El miedo puede ser generador de profecías que se auto-cumplen, es decir, de suposiciones o predicciones que por la sola razón de haberse formulado convierten en realidad el suceso supuesto o esperado; si, por ejemplo, los "tirios" temen ser engañados por los "troyanos", se comportarán con desconfianza e hipersensibilidad, lo que provocará que estos últimos teman también la impredecibilidad de los primeros e intenten adelantárseles en el supuesto engaño.

El miedo es un acompañante indeseable de la vida cotidiana. Es obvio que ciertas vertientes del futuro son esperadas temerosamente. Pero en el caso de una transición ¿dónde se ubican los efluvios del miedo?, y más cercanamente: ¿de dónde pueden emanar esos sentimientos en la transición mexicana? A primera vista se percibe que el propio impulso democratizador provoca sensaciones temerosas. Las transiciones siempre son inciertas. Nunca pueden preverse con precisión sus itinerarios y vericuetos, menos aún su desembocadura. De allí las emanaciones de zozobra, la congoja exhalada por el futuro incierto y evanescente.

Pero más allá de esos temores "futurizantes", la atmósfera mexicana es enrarecida cotidianamente por aprensiones cuya fuente no está en el porvenir sino en el pasado: se

trata de los ominosos reflejos de una cultura política propensa a las actitudes desconfiadas y maniqueas; de una herencia cultural largamente conformada por las desigualdades endémicas, las prácticas excluyentes y la insoportable densidad de la corrupción y el autoritarismo. Son los desengaños ancestrales y los rencores displicentes, en sus diversas manifestaciones: el maniqueísmo pendenciero, la desconfianza tenaz y el desencanto prematuro.

Tales fenómenos son tan explicables como preocupantes. ¿Será posible desvanecerlos?, ¿será posible exorcizar este desfile de sombras culturales que amenazan la transición mexicana como virtuales jinetes del Apocalipsis?, ¿pueden modificarse dichas actitudes en el corto plazo por tratarse de rasgos sedimentados en el imaginario colectivo durante un extenso periodo histórico? La respuesta es necesariamente dual: si se trata de transformar la cultura política del conjunto social, debe aceptarse como una tarea de largo plazo con avances graduales; sin embargo, en el caso de las élites mejor informadas y más cercanas a las exigencias de una transición pactada— es presumible que la modificación esperada sea mucho más dinámica. Es claro, por otra parte, que la democratización no puede aguardar a que cambien las actitudes de la sociedad homogéneamente.

¿Cómo romper, entonces, ese círculo vicioso de maniqueísmos, desconfianzas y miedos que intermitentemente decrece y se expande? Un primer paso es combatir la pervivencia de sus fuentes originarias, las que se ubican en la memoria histórica, en el denso aluvión de fobias de nuestra cultura política. Puesto que dichas fobias provienen de realidades execrables, resulta prioritario evitar que éstas pervivan o se reproduzcan. Es importante tener presente que la trayectoria histórica mexicana se expresa en hipersensibilidades individuales y colectivas ante cualquier evento que pueda motivar suspicacia. Pero si el mexicano es especialmente desconfiado, como lo han sugerido de tiempo atrás diversos estudiosos, ello no debe conducirnos a la resignación impotente, sobre todo cuando la sobrecarga de desconfianza no ha surgido por generación espontánea. La transparencia institucional, la congruencia entre el discurso y los hechos, el respeto a los compromisos entre las fuerzas políticas y, desde luego, el apego estricto a la legalidad, son algunas de las asignaturas a las que debe darse prioridad.

Lo anterior es indispensable para modificar las percepciones, pues toda cultura política que se retroalimenta perdura. Pero no puede ser suficiente: es necesario socavar también las inercias, las actitudes rencorosas, desconfiadas y maniqueas de quienes insistentemente recrean el pasado con la mirada puesta en el espejo retrovisor de sus imaginarios políticos. El maniqueísmo es un fantasma irritable que recorre asiduamente los caminos políticos. Para exorcizarlo tienen que coincidir voluntades múltiples. El maniqueo es por definición desconfiado, pero tal dualidad puede plantearse también a la inversa: el que desconfía desmedidamente es por norma un maniqueísta confeso. ¿Cómo exorcizar este maléfico espectro que genera temores recíprocos, estimula la incertidumbre y socava la interacción política? La respuesta se puede ubicar en dos elementos propiciatorios: la voluntad de concertar acciones y la decisión de generar sosiego político.

El primero de dichos elementos imbrica ineludiblemente la disposición democrática del ánimo con la acción concertadora del cambio. Pero, ¿cuál puede ser el razonamiento decisivo que destiña el maniqueísmo y la desconfianza de sus vestiduras políticas? Norbert

Lechner sugiere una receta universal de aplicación viable: "La confianza no es algo que se pueda exigir del otro; se comienza entregándola (...) el otro puede aceptar las muestras de confianza o no (...) pero una vez que responde a la confianza entregada, a su vez se compromete (...) en cuanto se establece una relación de confianza, existe una obligación recíproca." Para consuelo de los escépticos, Lechner agrega que ningún político ignora que el adversario pueda abusar de la confianza depositada en él, y por lo mismo confía con cautela, pues si actuara con ingenuidad la culpa de un eventual abuso recaería sobre él, exponiéndose al ridículo. Allí está, pues, una proposición realista, que requiere, eso sí, desensibilizar y perspicacia, pero sobre todo de convicción democrática.

Confiar con cautela no es, por cierto, un método desconocido en la actualidad política mexicana. Se ha utilizado, por ejemplo, en las pláticas entre el EZLN y el gobierno, y entre los partidos políticos que han acordado de manera preliminar diversos contenidos básicos de la reforma electoral venidera. En ambos casos, el diálogo se hizo viable cuando las partes en conflicto decidieron entregarse la confianza cautelosamente. Es obvio, además, que la desconfianza y el maniqueísmo pueden ser atenuados cuando la interlocución permite analizar reflexivamente las razones esgrimidas por quienes temporal o permanentemente son adversarios.

El otro elemento propiciatorio se ubica en el terreno del discurso político. Una simple frase discordante puede provocar un alud en los sensibles acantilados de la transición mexicana. En política, las palabras son hechos, por eso debe usárseles mesurada y serenamente. Las rupturas suelen comenzar con palabras, pero también los acercamientos. De allí la gran responsabilidad discursiva que tienen todas las fuerzas políticas en el cauce dijo Montaigne, es mitad de quien la habla y mitad de quien la escucha. Por ello, la medida debe prevalecer tanto en el que envía el mensaje como en el que lo recibe, y a todos les toca jugar ambos papeles; tan importante es lo que se dice como lo que se percibe: las lecturas sesgadas pueden ser tan destructivas como las palabras agraviantes. Dicho de otra manera, la cordura sólo puede afianzarse cuando es recíproca.

A manera de reflexión concluyente, debe decirse que los exorcismos arriba planteados requieren de un examen interior, de una introspección terapéutica de los protagonistas del cambio político, que les facilite asumir el pasado como un referente necesario e ineludible, pero les evite llevarlo a costas como un lastre paralizante y nocivo. El cambio pactado exige un trasfondo anímico de auténtica reconciliación, que sólo puede construirse si se atiende prioritariamente a las expectativas del porvenir; si se atemperan los antagonismos excluyentes y se antepone la "lógica política" a la "lógica de la guerra".

1 Norbert Lechner, *Cultura, política y gobernabilidad democrática*, IFE, México, 1995.